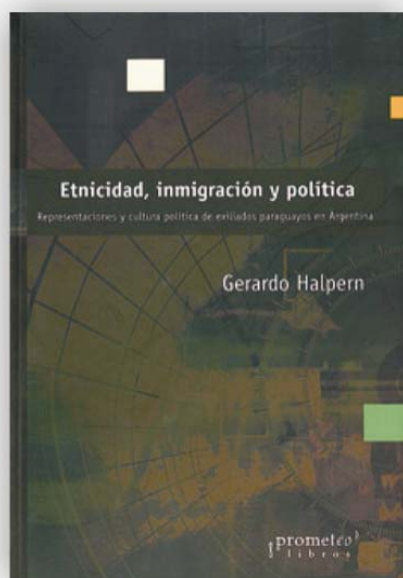


Gerardo Halpern, *Etnicidad, inmigración y política. Representaciones y cultura política de exiliados paraguayos en Argentina*. Buenos Aires, Prometeo, 2009. 427 páginas.

Por Beatriz Figallo

(IDEHESI/CONICET/ UCA)



Aunque hoy los paraguayos, junto con otros migrantes del Cono Sur, son señalados como los protagonistas de una “invasión silenciosa”, su presencia en Argentina no es una novedad sino que resulta de una continuidad histórica, poco estudiada. El consistente libro de Gerardo Halpern contribuye a descender el velo de desconocimiento que ha cubierto al grupo de residentes extranjeros más numeroso del país.

Esta obra, producto de la tesis con la que Halpern accedió al grado de doctor y reflejo de una larga dedicación a la investigación de las migraciones regionales, constituye una aproximación sociológica, con mirada etnográfica, nutrida de abundantes testimonios, estadísticas y datos oficiales, sobre los

procesos de organización política y social desarrollados a partir de la segunda mitad del siglo XX por los paraguayos en Argentina.

Aunque la postración material del Paraguay después de la guerra de la Triple Alianza, la ligazón de los capitales argentinos allí asentados, las recurrentes crisis institucionales y una identidad transfronteriza compartida, ayudan a entender el antiguo recurso de los trasiegos paraguayos a Argentina, Halpern se centra en momentos donde la acepción legal del exilio-asilo y la noción de migración se torna más compleja, partiendo de la guerra civil de 1947. Las redes políticas tejidas por los refugiados de los años treinta ampararon a miles de los que escapaban de la dictadura de Higinio Morinigo. Tras ello, la “democracia sin comunismo” que significó el régimen de Alfredo Stroessner generó un derrame constante de destierros entre 1954 y 1989. Mientras la política seguía condenando a los paraguayos a “vivir por turnos” en su país, eran también expulsados por una economía incapaz de brindarles trabajo. Frente a la imposibilidad de retorno que significó el solidificado régimen stronista, en una época en que las migraciones internas de Argentina se dirigían hacia el centro del país, Halpern consigna el desplazamiento paraguayo desde las provincias fronterizas hacia Buenos Aires, acompañando el deterioro de las economías regionales y el empleo inmigrante.

Trasladada gran parte de la dirigencia de los principales partidos políticos opositores a Argentina, Halpern recupera experiencias de resistencia, como el disidente Movimiento Popular Colorado (MOPOCO), y los grupos revolucionarios Movimiento 14

de Mayo y Frente Unido de Liberación Nacional (FULNA). Uno mantuvo contactos con sectores del ejército argentino que rechazaban la tolerancia stronista con el proscripto peronismo que se estaba reagrupando en el Paraguay, mientras FULNA pretendió invadir el territorio paraguayo en 1960 con fuerzas guerrilleras. Posteriormente otra agrupación, aunque surgida en Chile, también concentró su accionar en Buenos Aires, la Organización Político Militar (OPM) 1 de marzo, que llegaría a mantener vínculos de cooperación con Montoneros.

Halpern privilegia el ámbito bonaerense como escenario de mayor radicación permanente de los paraguayos y logra reconstruir, apelando a fuentes orales cuando la trama se muestra exigua de registros, el surgimiento de organizaciones sociales y culturales. La Casa Paraguaya y el Club Atlético Deportivo Paraguayo, constituidas en ámbitos de “preservación de la paraguayidad” y espacios de discusión política y construcción democrática, son señaladas como las más significativas. Dos experiencias de religiosidad popular se convirtieron también en escenarios de reclamo de los migrantes a principios de los 70: el Equipo Pastoral Paraguayo en Argentina (EPPA) y el ritual de Caacupé.

Aun cuando Halpern recuerda que existieron traslados de detenidos políticos paraguayos en Argentina hacia el Paraguay desde 1961 –así como persecuciones de exiliados argentinos en Paraguay, añadimos-, con el Operativo Cóndor se institucionalizó la colaboración estatal. Como despliega un capítulo del libro, la dictadura argentina iniciada en 1976 no persiguió y administró a algunos paraguayos porque fueran inmigrantes, sino por que eran militantes. El destino de más de un centenar de paraguayos desaparecidos da prueba del involucramiento con la sociedad de acogida.

Tampoco los gobiernos democráticos de Buenos Aires y Asunción han sido demasiado generosos con la comunidad paraguaya en la Argentina: si los primeros endurecieron legalmente el trato hacia los inmigrantes regionales, adjudicándoles ser co-responsables de la desocupación y las recurrentes crisis, los paraguayos consumaron la velada acusación de traidores, escamoteándoles su ciudadanía política, al consagrar constitucionalmente el ejercicio del voto sólo a aquellos paraguayos con residencia en el país.

Una reciente morigeración de las reglas migratorias y la promesa de una ciudadanía del Mercosur hacen esperar un más justo destino para los paraguayos en Argentina.